



REVISTA DE LIBROS

Relecturas

Deseo*

Raymond Williams

Las autobiografías más simples son aquellas ratificadas, que obtienen su título, por la consecución de una fe o un logro. Entre ellas, lo que se considera un éxito ha llegado a predominar. No debe sorprender, por tanto, que la mayoría sean escritas por fantasmas o igualmente fantasmáticas figuras de reconocida reputación. Muchos de los triunfos más arduos se encuentran sin embargo saturados de contenidos de otra naturaleza, por no hablar de contradicciones e incertidumbres, para ser fácilmente incorporados al relato de una Vida. El recuerdo de determinado acontecimiento o experiencia es una cosa; la composición de aquello que puede ser tomado seriamente como la experiencia de toda una vida, algo muy distinto.

A partir de estas dificultades, uno de los caminos del modernismo ha consistido en utilizar de manera cada vez más amplia la autobiografía bajo una modalidad deliberadamente incierta y autoexploratoria. No se renuncia al registro y la narrativa, pero sus hilos se aflojan con la intención de establecer un efecto distinto. La diferencia con la ficción de formato aparentemente similar sigue siendo, sin embargo, crucial. En el formato autobiográfico, entre las brumas de la incertidumbre siempre puede emerger una figura que diga, ofreciendo una particular clase de convic-

* Comentario al libro de Steedman, Carolyn: *Landscape for a good woman: A story of two lives*, Londres, Virago, 1986, publicada en *London Review of Books*, Vol. 8, No. 7, 17 de abril de 1986, pp. 8-9. Este texto fue posteriormente incluido en el libro de Raymond Williams: *What I Came to Say*, Londres, Hutchinson Radius, 1989, pp. 30-35. Traducción de Damián López, revisada por Andrés Gattinoni. Publicada con autorización de los herederos de Raymond Williams y The Random House Group.

ción, “esto es lo que sé (ahora) que ocurrió” o, al menos, “esto es lo que (creo ahora) realmente sentí”. El enorme desplazamiento hacia la biografía y la autobiografía como formas populares puede comprenderse en parte como una respuesta a las dificultades correspondientes pero sin resolver de la ficción modernista. Los últimos hilos de una verosimilitud afirmada no están cortados. La forma aparentemente más usual de este tipo de escritura es un modelo derivado del psicoanálisis en el cual el Yo nominal del relato es temporalmente dividido en un objeto incierto y un sujeto analítico. Esto es más fuerte cuando el sujeto analítico tiene acceso a más evidencia que su simple memoria, como por ejemplo en los registros y recuerdos de otros. El grado de admisión de verdaderos otros funciona a menudo como un evidente punto de apoyo: no como un relato superador, pero sí al menos moderadamente verificable. No obstante, tomado en serio, éste está lleno de sorpresas que finalmente decidirán de qué lado nos ponemos: del de la auténtica y abierta autoexploración personal, o del ensimismamiento más ampliamente compartido que es la principal forma expresiva de la escritura autobiográfica dirigida a lo interior. Supongo que esto finalmente dependerá de qué proyección del Yo —objeto incierto o sujeto analítico— sea realmente el fantasma.

Sin embargo, existe también otro formato disponible: un modelo de aproximación biográfica elaborada desde la historia o la sociología crítica. Aquí el sujeto analítico cuenta con una significativa cantidad de evidencia verificable, pero ésta puede terminar conformando una trama tan fuerte que el objeto incierto sea simplemente colocado allí: se trata de una composición representativa con muy escasa evidencia personal. Este formato ha sido especialmente relevante en nuestro propio periodo debido a las preocupaciones sobre la clase social. Ha habido una demanda de explicaciones sobre la formación y las transiciones de clase respaldadas por las experiencias individuales. Bajo este formato, aún los más ajenos de nosotros podemos ser convertidos en emblemáticos, por otros cuando no por nosotros mismos. Pero lo que se vuelve evidente en estas aproximaciones, es que aún las generalizaciones sobre la formación y las transformaciones de clase se encuentran cruzadas por circunstancias específicas de diverso tipo: tanto las específicamente personales, como la situación familiar, el tamaño de la familia, las características de los padres, hermanos y vecinos, como las específicamente sociales, sean las condiciones de asentamiento, las formas de cultura local, las orientaciones en relación al trabajo o la educación. Si a esto agregamos, como es el caso ahora, las especificidades vinculadas al género como un factor radical dentro de

otras diversidades y complejidades, los propios méritos de los primeros ejemplos, que se han convertido en modelos, pueden resultar más bien obstáculos. Porque el sujeto analítico más apto no es ni siquiera nuestro propio fantasma.

Estos elementos son una forma de introducir las preguntas e incertidumbres que provocó el libro de Carolyn Steedman, y que en algunos aspectos relevantes lo exceden. Desde un punto de vista intelectual, pero respaldado por su propia experiencia, ella pretende discutir los enfoques sobre la niñez en la clase obrera escrita por hombres en una modalidad particular. Tiene especialmente en mente el libro *Uses of Literacy* de Richard Hoggart¹ que, según describe, representa una visión de “pasividad de la vida emocional en las comunidades obreras”, donde “las calles son todas iguales, nada cambia” (p. 11)².

Carolyn Steedman también confronta, más acentuadamente, con el libro de Jeremy Seabrook *Working-Class Childhood*³, donde esa pasividad se presenta como la solidaridad perdida de la “vieja clase obrera”, frente al materialismo de posguerra, y donde la propia forma del análisis

niega a sus sujetos un relato particular, una historia personal, excepto cuando esas historias ilustran una tesis general... Todo el corpus de Seabrook se dirige a componer la imagen de lo que ve como “la caída en desgracia de una vida que, quienes la compartían, creían la única forma admisible que la vida podía adoptar”. Quisiera abrir la puerta de una de las casas rústicas de una ciudad industrial en la década de 1920, y mostrarle a Seabrook a mi madre y sus anhelos, dejándole ver a la niña que me imagino sentada junto a un hogar vacío, leyendo un cuento que le habla de cómo una pastora de ocas⁴ puede casarse con un rey (pp. 10-11).

“La niña que me imagino”: aquí se encuentra nuevamente al objeto incierto, en lo que se ofrece como la historia de dos infancias de clase obrera, la de la propia Steedman y la de su madre. Aun así, en esta línea del libro el desafío es primordialmente intelectual. La autora rechaza una versión de la clase obrera que también ha sido puesta en cuestión, tanto por hombres como por mujeres, sobre bases sociales y políticas más amplias. Sin embargo, retóricamente ella reprueba

1 Hoggart, Richard: *The Uses of Literacy: Aspects of the Working-class Life, with Special Reference to Publications and Entertainments*, Londres, Chatto & Wintus, 1957. [La cultura obrera en la sociedad de masas, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013].

2 N. de T.: el original inglés no consigna las páginas correspondientes al libro de Steedman, por lo que lo hemos hecho nosotros, a partir de la edición de 2008 publicada por Rutgers University Press.

3 Seabrook, Jeremy: *Working-class Childhood*, Londres, Gollancz, 1982.

4 N. de T.: Referencia al cuento “La pastora de ocas” de los hermanos Grimm.

una modalidad *masculina*, en la cual “los hijos de la clase obrera... pusieron tanto esfuerzo... para delinear un fondo de uniformidad y pasividad” (p. 12).

El desafío más significativo es sin embargo más ambicioso, o al menos la pregunta que lanza es más amplia. Steedman señala la tendencia a “negar una psicología compleja a aquellos que viven en la necesidad material”, no solamente por lo que llama (confusamente debido a su generalidad y simplificación) “crítica cultural” sino también por “el lugar otorgado por el marxismo a la vida mental”. Esto se encuentra muy poco desarrollado teóricamente, y se basa en lo que parece una lectura muy estrecha, pero el desafío general es claro e importante. Steedman sostiene convincentemente que “una noción de conciencia localizada” —única o primordialmente— “en el marco de la producción” (p. 12) reduce así la conciencia de clase —sin mencionar las vidas— de gran parte de las mujeres y de todos los niños. De hecho, podría haber agregado, continuando con una perspectiva abierta sobre esta pesada área de discusión, que se reduce así también la conciencia y vida de muchos hombres, que fueron también —debería a veces notarse, siguiendo algunos estilos de escritura femenina actual— niños.

Desde un punto de vista más positivo, en la base de estos desafíos se encuentra el énfasis y la valorización de un tipo de radicalismo que Steedman encuentra desatendido por las solidaridades en la producción y mal comprendido y calumniado por los enfoques que interpretan retrospectivamente a una “vieja clase obrera” pasiva y carente de demandas: “Me genera un placer rebelde encontrar que la historia de mi madre puede usarse para subvertir ese enfoque. Nacida en esa ‘vieja clase obrera’, ella quería una pollera a la moda, una cabaña en el campo, casarse con un príncipe” (pp. 8-9). Por supuesto, este es un elemento en función de su intento por comprender y relatar la específica vida y desarrollo de su madre, sobre lo que se deberá decir algo más. Pero dado que ella ofrece este punto como general, se hace necesaria una reflexión más amplia.

Hay en verdad una extraordinaria confusión, políticamente muy peligrosa en la actualidad, en aquellos enfoques sobre la “vieja clase obrera” que celebran, en contraste con sus sucesores de posguerra, la ausencia de aquello que denominan “materialismo”. El término proviene de una tendencia del pensamiento conservador, en última instancia con una referencia religiosa. A través de esa perspectiva, tanto el movimiento colectivo por la defensa y la aspiración a mejores

condiciones de vida, como los muchos millones de deseos privados que componen y van más allá de ese movimiento, son igualmente condenados: casi siempre, en la práctica, por quienes se encuentran en una situación confortable. Sin embargo, de nada sirve que las distorsiones de un tipo de enfoque que enfatiza sólo una decente y autosacrificada solidaridad y excluye las ambiciones privadas, envidias y fantasías, sean suplantadas por la elevación de esos deseos privados al estatus de un más auténtico radicalismo. Carolyn Steedman nunca llega tan lejos, pero otros lo están haciendo; en verdad se trata centralmente de una racionalización del rechazo al socialismo, bajo el encantador nombre de un “deseo” generalizado, e impulsada por todo un grupo de intelectuales franceses.

El factor clasista en aquello que es oscurecido como “materialismo” es relativamente simple. Los desfavorecidos aprenden, casi siempre en la práctica antes que a partir de principios, que la mayor chance de obtener beneficios materiales (en el amplio rango de aquellos vinculados con la subsistencia hasta los relacionados con el confort y el placer) es agrupándose donde y como pueden. Siempre junto a esto se encuentra una diversidad de ambiciones privadas, pero la prueba ética —por supuesto frecuentemente difícil de aplicar— consiste en la relación que cualquiera de éstas mantiene con el proyecto común. Las condenas más feroces —interpretadas ahora muchas veces como “moralizantes”— son, en la práctica, dirigidas al tipo de atajos hacia el bienestar, que pueden ser vistos como formas de arribismo o colaboración personal con los enemigos de clase. Presentar la ética de clase como si fuera en la práctica y exclusivamente “el mapa de un país recto y decente” (p. 8) es ignorar las presiones, complicaciones y especificidades de muchas vidas reales. ¿Pero qué pasaría si atendiendo sólo a esas dificultades diluyéramos ese principio de “un país recto y decente”, por ejemplo aquel mundo de la inmediata posguerra que Steedman celebra convincentemente y donde, a través de la acción mancomunada del movimiento obrero, los pobres tuvieron un servicio de salud y una generación de niños mejor cuidados que nunca antes en la historia?

Es aquí donde el modo autobiográfico y el de los argumentos intelectuales e históricos se cruzan, con verdaderas dificultades para ambos. Porque no es sólo el radicalismo de Steedman —su robusta y bienvenida afirmación de que la gente pobre justificadamente pretende cosas que ven disfrutar a otros como ellos, y que esto no debe ser censurado como una especie de vergonzo-

sa “envidia”— que deriva de esta intersección general. Es también, y de manera más influyente, el caso de la ahora rampante política de la Derecha, que busca sustituir con esos deseos forjados individualmente las problemáticas prácticas de provisión y colaboración común; una sustitución que irónicamente se vuelve más fácil tanto por la reducción del radicalismo al deseo individual, como por los enfoques que miran melancólicamente en retrospectiva a la “vieja clase obrera”, donde lo que siempre se está diciendo —falazmente, y como forma de excusarse y en ocasiones como exhortación— es que aquel proyecto “recto y decente” se ha perdido.

Una autobiografía trata esencialmente con la pregunta sobre cómo se cuenta la historia. Steedman es muy consciente de ello. Su libro vacila teóricamente, antes, durante y después del relato más simple, creando efectos significativos, al menos para un tipo de lector. Sin embargo, las cuestiones teóricas no pueden separarse de las dolorosamente personales al aproximarse a una vida tan cercana como la de una madre. Hay formas de contar y reflexionar sobre una historia pero también, a veces parece, de eludirla: las rápidas transiciones entre el objeto incierto y el sujeto analítico se convierten en elementos de profunda vacilación.

Así, en un estilo narrativo franco, leemos: “Faltaban dos semanas para que muriera, aquella vez, la última vez. Era el primer encuentro en nueve años, exceptuando el día del funeral de mi padre. La carta que anunciaba mi visita se encontraba sin abrir sobre la alfombra de entrada...” (p. 142). La madre “lucía como una bruja”, con su “cara de Lancashire” y una “enfermedad que la había consumido y demacrado” (p. 140). Se trata de una situación, un momento, que produce, al menos en el lector, el deseo por un desarrollo narrativo completo; ese modo en el cual la irresolución modernista interrumpe o desplaza. ¿Tiene ese desplazamiento, entonces, algo que ver con aquellos nueve años? ¿Y es esa una cuestión teórica o autobiográfica? ¿Por qué sigo la dinámica narrativa a través de sus revelaciones reflexivas y fragmentarias, hasta que su sustancia pueda ofrecer una perspectiva para los argumentos intelectuales? “Yo era en realidad”, escribe Steedman, “un fantasma que llegaba de visita” (p. 142). La observación local y pasajera indica todas las cuestiones centrales sobre esta vacilante exploración autobiográfica de *dos* vidas.

Mostrar el esqueleto de esa historia es por supuesto una manera de simplificarla. ¿Qué implica decir, en resumidas cuentas, que la madre creció en una pobre ciudad industrial de Lancashire, trabajando en oficios marginales, y que se fue a Londres con un hombre que había dejado a su

esposa e hijo, y que posteriormente se separó de ella, por lo cual la nueva familia era técnicamente ilegítima? ¿Que en las calles del sur londinense, en parte por esas razones, evadían a familiares y vecinos, así como los hábitos ordinarios de la comunidad? ¿Que en Londres, más adelante, la madre se convirtió en manicura, atendiendo a mujeres ricas? ¿Que había entonces tanto un resentimiento radical como una especie de envidia, que permiten afirmar (aunque visto en forma retrospectiva) que “ella aprendió el egoísmo en el propio paisaje que se dice que lo había erradicado” (p. 109)? ¿No es ese “egoísmo” una palabra demasiado abrupta y concesiva como para definir lo que aparece más comprensiva y convincentemente descrito como “un profundo sentimiento de inseguridad y un incalculable deseo por las cosas que ella no tenía” (p. 108)? ¿No era su precisa situación social, tan claramente evocada, una de las áreas específicas en las cuales, relativamente sola y expuesta, el deseo dirigía hacia lo inmediata y visiblemente asequible los antiguos anhelos comunes impacientemente dejados de lado? ¿No está la hija de alta calificación educativa comprometida a hacer más que reconocer en el deseo de su madre “por las cosas terrenas, una realidad política y validez psicológica” (p. 109), como si esto fuera contrastante con el verdadero proyecto de su clase?

Hago estas preguntas a este libro porque creo que tanto en sus problemas como en su compleja sustancia se revela como muy importante. Puede recomendarse para cuestiones que no he discutido, especialmente el capítulo sobre “reproducción y rechazo” que explora profundas cuestiones físicas a través de la relación con su madre, en formas que merecen atención. Pero su tema central es cómo podemos comprender e intentar relacionarnos unos con otros una vez que hemos admitido las divergencias y tensiones entre nuestras vidas reales —más que las proyectadas—, y ello nos confronta con los problemas formales de esa hibridez entre autobiografía y discusión (que ahora vemos claramente como una consecuencia del cambio en las relaciones de clase de nuestro tiempo) y con aquellos, en otra modalidad, de la específica situación del intelectual proveniente de una familia de clase obrera. Estamos ahora en posición de diferenciar algunas versiones de este formato de otras, y en efecto necesitamos con urgencia distinguir entre distintos tipos de “novelas de clase obrera”. *Landscape for a Good Woman* se encuentra tironeado entre estas divergencias cruciales y sería evasivo darle solamente el reconocimiento y la bienvenida que merece. Porque lo que verdaderamente merece, dada su excepcional franqueza y honestidad, es un riguroso cuestionamiento: discutiendo contra algunas de sus implicancias y buscando desarrollar otras.